Tiempo y arquitectura,
sobre la aparente dicotomía entre historia y proyecto en las escuelas de arquitectura. Experiencias en el taller de H1A, FAUD, UNC.

Arístides Demián Gómez Luque[1]

Resumen

La ponencia a presentar plantea una serie de pensamientos, reflexiones y discusiones que encuentran base en observaciones a lo largo de los años dentro del ámbito académico y, sobre todo, su impacto y desarrollo en la formación del alumno de arquitectura por estas latitudes. He buscado obviar, deliberadamente, el uso de la palabra Historia en el título. La palabra "tiempo" es propicia porque es una condición que afecta a la arquitectura como disciplina toda, y no ya solamente a la obra.

El tiempo y la arquitectura como cuestión fáctica

El campo de aplicación profesional de la disciplina arquitectónica es muy amplio, y uno de los que más fuerza tiene para mover el amperímetro en las decisiones sobre los carrilles que esta tomará es la de su concreción física, su manifestación a través de una obra palpable, susceptible de ser

[1] Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño. Universidad Nacional de Córdoba.
aristides_gl@hotmail.com

vivida, de ser experimentada vivencialmente. En un mundo donde los zeitgeits parecen entrelazarse, donde la información y comunicación entre personas son inmediatas y, por ende, nos hace no solo habitantes de nuestra tierra sino más bien globales (hiperconectados), la disciplina arquitectónica sigue siendo jalonada por cuestiones de tiempo y espacio. Resolver estas tensiones desde lo constructivo, desde la obra, supone varios desafíos.

Aquí aparece un punto muy importante: uno de los desafíos de la arquitectura hoy es crear un pensamiento arquitectónico, es decir, más bien una forma de actuar y operar.

El tiempo y el proyecto

De forma inversamente proporcional, mientras la obra de arquitectura sigue los derroteros y las contingencias del proceso de la construcción, como su dilación a lo largo del tiempo, el proyecto se consume casi instantáneamente. Pareciera que nuestra manera de pensar y operar arrasara con el proyecto y lo devorara sin más.

Simulaciones: el ámbito académico

La instancia formativa académica en las escuelas de arquitectura constituye para un arquitecto, una de las etapas más valiosas y con mayor potencial. Lejos de una antesala para el campo profesional, antes bien debería ser un laboratorio. La cuestión parece no depender tanto del qué enseñar o de cómo hacer ciertas cosas sino de pensar por sí mismo y formar personas con flexibilidad para el cambio y la adaptación.

Por el contrario, lo que impera es la cultura de los proyectos rápidos y los edificios huecos. La arquitectura que se enseña postulando el resultado del proyecto que, como no se puede construir, es un render. La ilusión del render, la ilusión de la imágen.

En virtud de todo esto, y de la misma forma que es necesaria una autocrítica desde las asignaturas de mi área: ¿para qué enseñamos Historia? ¿Cómo la enseñamos? ¿Cuál es el propósito?

Resulta imperioso replantearse, desde el ámbito académico, cuáles son los objetivos, cuáles son los medios, cuáles son las alternativas, para llevar adelante esta tarea. Es la única forma en que podamos estar a la altura de nuestros tiempos. La arquitectura no solo debería ser siempre actual, sino, sobre todo, contemporánea.

Las siguientes líneas están dirigidas por una serie de pensamientos, reflexiones y discusiones que no pretenden dilucidar los problemas que del título se desprenden ni agotar sus posibilidades de discusión y debate, y que encuentran base en observaciones a lo largo de los años dentro del

ámbito académico respecto de las posiciones adoptadas por los distintos espectros o cuerpos o áreas de estudio en la carrera de arquitectura, su interacción, sus modalidades, sus resultados, sus mecánicas operativas y, sobre todo, su impacto y desarrollo en la formación del alumno de arquitectura por estas latitudes.

Más particularmenete, me interesa desarrollar, o arriesgar, distintas estrategias de taller en la asignatura Historia de la Arquitectura y el Urbanismo 1A, de la FAUD, UNC, que apunten de manera precisa a determinar cuál es el aporte de esta asignatura (y otras afines, desde las ciencias sociales) a la formación del arquitecto en una escuela como la nuestra.

Pero antes de hacer esto, resulta ineludible hacer un alto y tratar de determinar un *estado de la cuestión*. Es decir, intentar, mínimamente, fijar cuál es hoy el rol que tiene, y sobre todo el peso y la incidencia, el campo de estudio de una asignatura como Historia (que, para el caso específico tratado abarca desde la época Clásica con Grecia y Roma, y llega hasta una primera parte de la arquitectura del S XIX, siempre remitiéndose a la arquitectura Europea) en la currícula. Para determinar tal *estado de la cuestión*, comenzaré con una serie de observaciones.

Antes que nada, he buscado obviar, deliberadamente, el uso de la palabra Historia en el título, y reemplazarla por la de *tiempo*, para desligar a esta serie de pensamientos primeros de toda carga pre-semántica y conceptual que venga desde el ámbito de las asignaturas de las ciencias sociales. Simplemente como una estrategia o manera de enfocar algunos temas desde un ángulo diferente; tal vez así, se puedan tratar temas siempre presentes con aires nuevos.

Y creo que la palabra tiempo es propicia, porque es una condición que afecta a la arquitectura como disciplina toda, y no ya solamente a la obra. Entonces, podemos tomarla pensando en su incidencia en la construcción de un pensamiento arquitectónico a lo largo de (ahora sí) la Historia (tanto en la praxis como en el corpus teórico), en su grado de afectación a una obra (nueva, existente, en construcción), en su utilización en el proceso de proyecto y diseño, etc.

El tiempo y la arquitectura como cuestión fáctica

Si bien es cierto que el campo de aplicación profesional de la disciplina arquitectónica es muy amplio, también lo es que uno de los que más fuerza tiene para mover el amperímetro en las decisiones sobre los carrilles que esta tomará es la de su concreción física, su manifestación a través de una obra palpable, susceptible de ser vivida, de ser experimentada *vivencialmente*. Parece imposible, entonces, que nuestra disciplina, aún en un mundo donde los *zeitgeits* parecen entrelazarse, donde la información y comunicación entre personas son inmediatas y, por ende, nos hace no solo habitantes de nuestra tierra sino más bien globales (hiperconectados), haya podido sortear esto, y sigue siendo jalonada por cuestiones de tiempo y espacio. Resolver estas

tensiones desde lo constructivo, desde la obra, supone varios desafíos. Y es que la arquitectura nunca podrá desentenderse de ese marco de trabajo que es el *momento* (con sus condiciones sociales, territoriales, culturales, políticas, económicas, etc) que moldean y van tallándola desde el proceso de proyecto hasta verse cristalizado en una obra en particular. De la misma forma que no puede evadirse de algo tan elemental como su posición en un *determinado* emplazamiento y no *otro*. Por lo que, en una época donde los flujos y canales de información y las distintas tareas que llevamos adelante en nuestra vida diaria (desde hacer una transferencia bancaria, un chat con un amigo en otro lado del planeta, y hasta someterse a una cirugía informatizada con robots de alta precisión) están cada vez más en manos de canales no físicos, sino plataformas de servicios a modo de redes, la arquitectura sigue lidiando con lo más ancestral y arcaico. Al menos por ahora.

Incluso la lentitud lógica (nótese cómo, de modo implícito dado lo que se está desarrollando en este escrito, la palabra lentitud adquiere una connotación predominantemente negativa) de un proceso de construcción de una obra de arquitectura, pareciera ir desacompasada con la velocidad y vorágine de estos tiempos. Cuán difícil es mantener la paciencia (o incluso el interés) sobre un proceso que lleva años pero que, en la cabeza de los arquitectos y de los distintos agentes que intervienen a lo largo de su materialización, ya se consumó hace rato. Una obra de cierta envergadura, con una duración promedio en su construcción de 5 años, probablemente ya se inaugure obsoleta, si no fue pensada audazmente, acorde a su tiempo. Y aquí aparece un punto muy importante: uno de los desafíos de la arquitectura hoy es crear un **pensamiento arquitectónico**, es decir, más bien una forma de actuar y operar. Cada vez más y más se les exigirá a los arquitectos tener la capacidad de adaptarse a los cambios que vivimos. Nos encontramos en una cultura hiperrápida desarrollando una profesión hiperlenta. Pero además, la lucidez para captar estos escenarios cambiantes y crear arquitectura que esté a la altura de las circunstancias es quizá el mayor desafío. Cómo hacer que la arquitectura construída *dure*. Que permanezca. Que *sea* hoy y *siga siendo* mañana.

De esta forma, podemos decir que una obra de arquitectura es uno de los productos culturales más *arcaicos* de nuestra época y que, sin embargo, cuenta con la exigencia de *perdurar*. No puede pensarse una obsolescencia programada como la de los celulares. Paradójicamente, aún hoy, aquella arquitectura que sabe captar el tiempo en que nace y va a vivir, devuelve el golpe con serenidad y es aquella que no muta, que es casi diríamos *ancestral*, que no se modifica. Los tiempos cambian, las circunstancias cambian, y la obra pareciera sabiamente saber absorber esos golpes.

Atender a esas cuestiones, poder responder a esas exigencias, solo es posible con una figura de

arquitecto lúcida, que sepa leer con astucia la cultura. No puede, entonces, negarse, la *historicidad* de una obra, ni ésta renegar de ese carácter.

El tiempo y el proyecto

Pero así como el fenómeno de la velocidad de la vida actual repercute en casi todos los aspectos de la vida diaria, también lo hace en el proyecto de arquitectura. Pareciera que, de forma inversamente proporcional, mientras la obra de arquitectura sigue los derroteros y las contingencias del proceso de la construcción, como su dilación a lo largo del tiempo, el proyecto se consume casi instantáneamente.

Pareciera que nuestra manera de pensar y operar arrasara con el proyecto y lo devorara sin más. Varios son los factores para que se dé esto (muchas son las condicionantes: las pautas de tiempos de los clientes, aspectos económicos, cuestiones políticas, etc, etc, etc), pero el resultado es, muchas veces, una arquitectura poco valiosa. Por poner un caso, la arquitectura que desatiende, sistemáticamente, las cuestiones urbanas. Pocas veces puede uno entender una obra de arquitectura como algo autónomo (más allá de su independencia física, formal y aparencial), sino como inserta en una red urbana de flujos absolutamente invisibles que la moldean desde el minuto cero. Sin embargo, las obras parecen consumidas desde el proyecto para ser inmortalizadas en la foto de turno. Pensar y construir para la foto. Con la vivienda pasa algo semejante: ¿realmente estamos los arquitectos, más allá de lo rescatables, bonitas y audaces que sean las viviendas que hacemos y mostramos en Facebook, de aportar sustancialmente al *problema de la vivienda* hoy? No al menos desde nos paramos y operamos. Si anteriormente decía que la obra como hecho físico no puede evadirse de adquirir *historicidad* y establecer lazos con la cultura de su tiempo y su lugar, mucho menos puede evadirse en primera instancia de nacer de un proyecto sólido. O, al menos, no debería. Si la arquitectura es el *hardware*, el proyecto es el *software*, aquella matriz de pensamiento que le da forma. De esta manera, la lucidez a la que hacía referencia, y que es cada vez más una exigencia para nosotros, vendría a requerirse en alto grado en esta instancia: en el *pensar* la arquitectura. Pero las obras hoy son productos comerciales: una vivienda es un bello arfacto para la foto, como un edificio es un producto que garantiza una cierta experiencia de vida, como un edificio para la sede de una tarjeta de crédito es un cartel publicitario en sí mismo. No hay juicios de valor, no es que esto esté mal, el tema es cómo actuamos ante esto.

Simulaciones: el ámbito académico

Considero que las escuelas de arquitectura, es decir, la instancia formativa académica de un

arquitecto, hacen a una de las etapas más valiosas y con mayor potencial para este. Lejos de ser una antesala o preparación directa para el campo profesional, debería ser más como un laboratorio. Inclusive hasta por una cuestión de sentido común: con una carrera que los alumnos terminan en un lapso premedio de 8 años, muy probablemente el mundo que era y para el cual los formaron en su profesión al momento de entrar, sea ya muy distinto a aquel al que salen cuando se reciben. Por lo que, si bien es necesario preparar al futuro arquitecto para la calle (como suele decirse crudamente), lo cierto es que las herramientas que tenemos para eso son un poco limitadas. Pero en realidad todo depende del enfoque: no depende tanto del *qué* enseñarle o de *cómo hacer* ciertas cosas sino de *pensar por sí mismo* y formar personas con flexibilidad para el cambio y la adaptación.

De esta forma, y tal como está estructurada nuestra carrera según áreas de conocimiento y asignaturas donde la materia Arquitectura pareciera ser la *espina dorsal* de la currícula, nuestra carrera se presenta como una simulación de la profesión. Una especie de juego, aparentemente atractivo, donde el alumno asume el rol de arquitecto y lo lleva adelante *haciendo arquitectura* desde Arquitectura I hasta Tesis o Trabajo final. Si bien ese no es el objetivo del cursado y tránsito por la carrera, pareciera ser la forma en la que termina decantándose. Como si por fuerza de gravedad todo convergiera a esa forma de enseñar y aprender. Por lo tanto el modelo y la referencia es ese que señalábamos antes, que se da después en la calle, la arquitectura que se absorbe porque es la que se produce, la de los *proyectos rápidos* y los *edificios huecos*. La arquitectura que se enseña postulando el resultado del proyecto que, como no se puede construir, es un render. La ilusión del render, la ilusión de la imágen. Así como vemos productos (comerciales) arquitectónicos que hacen a nuestras ciudades, así vemos productos arquitectónicos en las escuelas de arquitectura. Así como vemos infantiles juegos formales y manierismos menores en la arquitectura de vivienda en altura o housings de nuestra ciudad, así vemos propuestas de vivienda vacías en las escuelas de arquitectura, que no permiten apuntar a atender las problemáticas de vida de hoy y del mañana. Entonces ahí se hace patente que el carácter de laboratorio que debería tener la instancia académica está ausente (en mayor o menor grado, o con buenas excepciones). No tenemos los estudiantes y el rendimiento académico que tenemos por la ciudad en la que nos movemos, tenemos la ciudad que tenemos porque formamos alumnos como los que formamos.

Sí es una autocrítica esto. Desde mi posición docente (más específicamente dentro de las ciencias sociales de la FAUDI) veo constantemente esto que aquí planteo. Torcer la mirada, o postergar su denuncia o evadir el problema no va a hacer que este deje de existir. De la misma forma que es necesaria una autocrítica desde las asignaturas de mi área: ¿para qué enseñamos Historia?

¿Cómo la enseñamos? ¿Cuál es el propósito? Pareciera que su rol dentro de la currícula ya no solo no estuviera tácito, sino que ni siquiera pudiéramos tener seguridad de cuál es si nos pusiéramos a pensarlo. El alumno mismo actúa como si eso fuera así, plasmado en esta manera de llevar adelante la carrera, y que se traduce en las formas de práctica profesional que mencionaba al principio de este escrito. ¿Cómo acompañan las materias instrumentales a esa espina dorsal que es Arquitectura I, II, III, ...? ¿Cómo hacer que materias como Historia aporten, como realmente deberían hacerlo, a construir pensamiento arquitectónico si la carrera misma es hija de la velocidad del consumismo del proyecto? ¿Cómo hacerlo si es hija de la imágen? Los proyectos de arquitectura hoy se debaten en efectismos de renders. En destreza de Photoshop. En argumentos superficiales que denuncian lo efímeros que son. En una proyección de lo que va a ser luego la arquitectura que encontremos en las calles de nuestras ciudades. En las casas que habitamos. Y de las que renegamos hoy y seguiremos renegando mañana, sin advertir que en realidad las posibilidades de confrontar eso están hoy a nuestro alcance en nuestras escuelas. Pensar la arquitectura no es pensar imágenes, ni la habilidad del dibujo (sin dejar de reconocer el valor de esto), pensar arquitectura es pensar ideas, pensar nuestra época, articular en lenguaje y discurso qué es lo que tenemos para decir y ofrecer desde nuestro ámbito. Una tesis debería poder defenderse hablando sin mostrar un solo render.

Las materias de diseño parecen llevar al extremo el modelo de arquitectura como imagen (en una cultura de imágenes y casi exclusivamente visual) y las materias teóricas parecen no saber cómo insertarse en esta problemática. Son estas las que apuntalan, o deberían hacerlo, ese ejercicio de pensar la arquitectura que decía anteriormente. Por caso, la Historia no es la Historia por sí misma, de la anécdota de la obra o de la envolvente de tal o cual obra de tal arquitecto. Es la comprensión, desde la arquitectura, de un momento cultural que nos exige actuar a la altura de los tiempos (como decía Ortega y Gasset), y es así hoy, como ha sido siempre.

Pequeñas estrategias en el taller de Historia 1

Todas las acciones tendientes a lograr ese espíritu crítico en el alumno en su formación integral como arquitecto desde esta asignatura se enmarcan en un primer abordaje al estudio de la Historia de la Arquitectura en la que se le propone construir conocimiento arquitectónico a través del estudio de obras. Un primer y fundamental hecho es hacer esto explícito al alumno, aclarárselo, explicárselo: una forma de estudiar arquitectura, de formarse como arquitecto, de construir pensamiento arquitectónico es estudiar la disciplina mediante obras construidas. Parece una estupidez, sin embargo, a lo largo de años de taller, he observado que muchas de las falencias en los procesos de aprendizajes se dan por la existencia de supuestos. Es decir, aquellas

cosas que se dan por hechas, por dadas, como ya preestablecidas y, por ende, incuestionables. De esta forma, se le plantea al alumno que se estudia arquitectura observando obras ya construidas como puede estudiarse arquitectura simulando proyectar (como se hace en la asignatura Arquitectura, por ejemplo). De esta forma, se quita el énfasis en el carácter instrumental de nuestra materia, para posicionarla en otro lugar. Es *una* manera de estudiar la Historia, y de construir pensamiento arquitectónico. Hay otras. Pero se le explica que esa es la que se va a desarrollar, casi como si fuera un proceso inverso de Proyecto: se partirá de una obra, en un momento considerado y lugar particular para ir desentrañando su por qué, las razones que explican su existencia y su manera particular de concreción en el plano de lo construido. Por lo tanto, y en estricta correlación con el programa armado por el titular de la cátedra, se le propone al alumno avanzar en el estudio de la arquitectura de los distintos períodos históricos que abarca el programa mediante obras significativas, muchas veces paradigmáticas. Se pone en consideración así a la obra como una construcción cultural, un objeto que es hijo de su tiempo y su lugar y su existencia ha sido condicionada por tales. Es decir, se hace hincapié en que no existe aleatoriedad en la construcción de dichos objetos, ni arbitrariedades, ni acciones inocentes. Cada obra responde, inelubiblemente, a su momento.

Para esto, se le propone al alumno entender dos áreas de estudio y análisis: por un lado la obra misma como caso según cado período, pero *otro primero* más general y abarcativo y que normalmente llamaríamos contexto: se trata de tomar prestados dos conceptos del sociólogo francés Pierre Bordieu, *Campo* y *Hábitus*. El alumno entiende que el primero es el amplio espectro de facetas y ámbitos de la realidad en la que se encuentra inserta la obra: la política, la economía, el pensamiento de la época, las posibilidades tecnológicas, etc, etc. Y son construidas a través de prácticas sociales arraigadas e institucionalizadas por un sociedad, son aquellas formas y maneras de *estar* en el mundo y que identifican y dan cohesión a un conjunto social determinado, que constituyen el segundo concepto.

Estos son los términos genéricos que se le proponen al alumno para interpretar que en cada *momento* de la historia, existieron condiciones particulares que fueron consideradas y moldeadas de una forma única en virtud de la cosmovisión (por llamarlo de alguna forma) de una cultura determinada. Aquellos que *determinan* esa forma particular de contexto son los llamados *agentes*. De esta forma, y para ejemplificar, el preciosismo y el concepto de perfección (tanto inmanente como trascendente) en la arquitectura griega, y que se traslada a sus particulares modos de trabajar el material, de concebir la belleza, de elaborar criterios a la hora de elegir formas constructivas, resulta muy distante de la arquitectura que es reflejo de un pragmatismo y un sentido de grandeza y voluntad de conquista propia de los romanos de la República y el

Imperio, por ejemplo.

Tales conceptos o categorías genéricas (*Campo* y *Habitus*, y los agentes que determinan ese juego) resultan aplicables para empezar a entender cada período de la Historia como esa red de condiciones particulares y para nada aleatorias que le otorgan la razón de ser (en el sentido más profundo) a las obras que de dicho período se le irán asignando como motivos de estudio a lo largo del año. Luego se aplican ejes de análisis para las obras, también comunes a todos los períodos: tipología, tecnología, espacio, lenguaje.

Con esta primera estrategia lo que se busca es que el alumno entienda que puede construir pensamiento arquitectónico si entiende que la obra que se le propone no es ajena a todo y que no es dada porque se sobreentiende su importancia, y que interpretarla (lo cual implica, en un sentido más profundo, internalizar aquel pensamiento que la posibilitó y la produjo, cómo actuó ante determinados estímulos y condicionantes y qué ponderó, entre otras cosas) le permite realizar una gimnasia de **comprensión crítica** de su medio (y, aunque sea de forma indirecta, respecto de su propia época). Entender que la arquitectura es el diálogo constante entre el pensamiento sobre la disciplina, lo que se conoce de ella hasta el momento, y su realidad más inmediata.

Para dar una dimensión de la importancia de lo hasta aquí expuesto: ¿cuál es el valor de que un alumno conozca al detalle una obra como, por ejemplo, el Partenón? ¿Cuál es el sentido que sepa que es octástilo, que es de orden dórico, que está regido por determinadas relaciones dimensionales que se corresponden? ¿De qué sirve que un alumno sepa diferenciar un capitel según el orden arquitectónico al que pertenece? ¿De qué sirve? ¿Para qué? Si el conocimiento del hecho arquitectónico llega hasta esa superficie, de nada serviría que un alumno conociera minuciosamente cada cm2 de dicha obra. Antes bien, el alumno debe interpretar cómo en un determinado momento el hombre en Grecia se sintió parte de una naturaleza que consideró verdadera, que intrínsecamente portaba belleza (según él la entendía), y que su ser no podía menos que tratar de emularla en su producción cultural (y entre ella, por supuesto, la arquitectura). Lo demás, no importa nada. Como un trasfondo de todo esto está latente un interrogante: si el alumno hace este ejercicio con distintos períodos de la Historia, ¿no lo está ejercitando también para interpretar y entender su presente, su realidad inmediata? ¿No es esa una forma de contribuir a la construcción de un pensamiento arquitectónico en su formación? Creo que sí, solo que de una forma menos obvia que la de simulación de Proyecto.

Otra acción estratégica menor, consiste en hacerle ver al alumno que se le enseña a través de aquello que se considera que es lo que está correcto. Porque, bien sabemos, se aprende tanto de lo que está bien, como de lo que está mal. Es decir, no hay que dar por hecho aquello que hace

buenas a esas obras que se dan como casos de estudios, sino por el contrario, no dar por obvio lo que parece obvio y tratar de dilucidar qué las hace obras maestras.

Otra más general, se remite a tratar de que el alumno vea que el estudio de la Historia es dirigido e intencionado. Así como no deberíamos dar por hecho nada, tampoco deberíamos pasar por alto aquello que se nos propone como metodología, sino tratar de entenderla. ¿Por qué estudiamos la Historia de forma diacrónica y sucesiva? ¿Habría otra posibilidad? ¿Por qué una sí y otras no? ¿Por qué los períodos históricos tienen el nombre que tienen y no otro? ¿Por qué algunos remiten a un lugar, otros a un momento y otros a un hecho histórico?

De alguna forma, estos son interrogantes que van planteándose en el taller que tienen todos como objetivo sacar al alumno de esa posición anquilosada desde la que se estudia la Historia, y en la que se la entiende como una sumatoria de anécdotas y hechos aparentemente importantes, y reemplazarla por un organismo vivo y escurridizo, que tiene que terminar de completar él con su interpretación.

Otros interrogantes, ya más particulares, tienen que ver con contenidos más específicos del programa de la asignatura: se trata de hacerle ver al alumno la real dimensión e impacto de determinados hechos históricos. Por ejemplo, la cadencia y el compás del tiempo de impacto y su eco en el mundo de la época de un descubrimiento como fue el del continente Americano dista muchísimo de la inmediatez de la comunicación del día de hoy, lo cual lleva a dimensionar de una manera más precisa su efecto en la sociedad de su época y su posterior traslado a la arquitectura. O entender cómo cambió radicalmente la forma de concebir la arquitectura en el Renacimiento con la aparición de la noción de Proyecto, y cómo el sentido colectivo y anónimo de construcción deio paso a otro donde por primera vez en la Historia el Hombre es conciente de su yo individual.

En definitiva, la Historia de la arquitectura está llena de motivos para indagar y cuestionar. El énfasis debe estar puesto en sacar al taller de una inercia cómoda respecto de qué es Historia, cómo se estudia, etc, etc. Pero es una inercia, que, como decía al comienzo viene de una froma muy arraigada de concebir la asignatura y el rol que ocupa en la Carrera. Uno esperaría que, en un momento como el actual, en el que el alumno puede recurrir a una cantidad casi inabarcable de material bibliográfico, de forma ilimitada, donde puede tener la posibilidad de visitas online en 3D a prácticamente cualquier obra en el mundo, los esfuerzos a realizar fueran menores. O que dichas herramientas fueran mucho más efectivas que las de antaño. Pero no, mientras más se extienden los límites, más laxas son las conexiones entre los conceptos y su sentido de ser y estudiar. Si antes la capacidad crítica estaba fuertemente determinada por el acceso al conocimiento como resticción, hoy está más condicionada por la profusión del mismo, y la existencia de la misma (la capacidad crítica) parecería depender más de saber elegir qué

descartar en semejante mar de posibilidades. Por eso, a priori, puede resultar hasta arcaico lo que aquí se expone como formas en el taller. Pero es que hoy, incluso si contáramos con la posibilidad de una simulación de experiencia 3D tipo realidad aumentada, en nuestra facultad, estoy seguro que no estimularía al alumno. No porque la herramienta no sea eficaz (sería magnífica como posibilidad) sino porque no estaría enmarcada en estas consideraciones, que permitan al alumno ubicar dónde está el corpus de conocimiento de la materia y que vea concretamente qué le aporta esta a su formación como arquitecto. Creo que es una tarea súmamente difícil para asignaturas como la nuestra. Y por ende, también observo que muchas de las estrategias aquí desplegadas (todas ellas muy humildes, por cierto) dependen en gran medida de las destrezas particulares del docente: su llegada al alumno, su capacidad de logos, su cantidad de conocimiento, su carisma en la comunicación, etc, etc. Es que, básicamente, lo que se propone es que el alumno *piense*, tal como se decía al comienzo de la ponencia, y no que *acumule* conocimientos. La cultura del pensamiento antes que la cultura de la imagen. Que un alumno pueda articular pensamiento arquitectónico a través del estudio e interpretación de la Historia de la disciplina. Casi como entender al pensamiento y la contemplación como antesala de la acción, como decía Aristóteles. Y lo mismo en la Carrera, en la profesión, en el Proyecto, etc. Cuesta mucho como docente del nivel inicial, enfrentarse al hecho de que el mismo alumno que hace renders espectaculares y vende sus proyectos a través de imágenes sumamente efectivas, es también aquel que no puede articular una sucesión de no más de 3 proposiciones coherentes consecutivas. De este hecho puntual surge mucho de lo aquí expuesto. Cabe también preguntarse si pudiera hacerse algo inverso, ver desde las asignaturas de Proyecto cómo invitar o dar injerencia a materias más “teóricas”. La crítica de proyectos parecería ser, en primera instancia, una muy buena alternativa.

Por todo lo antes desarrollado, para terminar digo que resulta imperioso replantearse, desde el ámbito académico (y más allá de las particularidades aquí tratadas desde la óptica de la asignatura H1A), cuáles son los objetivos, cuáles son los medios, cuáles son las alternativas, para llevar adelante todo esto que tiene que ver con las problemáticas primeras planteadas y aquel *estado de la cuestión*. Lo expuesto es apenas un puntapié. Si bien aquí se han apuntado tan solo algunas cuestiones problemáticas, quizá las más evidentes o punta de iceberg, el marco es más amplio, pero al menos es importante empezar por algunas, reconociéndolas y poniéndolas sobre la mesa de discusión. Es la única forma en que podamos estar a la altura de nuestros tiempos.

La arquitectura no solo debería r siempre *actual*, sino, sobre todo, *contemporánea*.